

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

TEATRO DEL PRÍNCIPE.

INTRIGA Y AMOR

Ó EL MEDICO ESPAÑOL.

Con este título se egecutó el viernes 7 del corriente en el teatro del Príncipe una comedia en cuatro actos traduccion de la ópera cómica *Lestocq*. No nos detendremos en inquirir hasta que punto se separa de la verosimilitud la accion de esta comedia, ni pediremos estrecha cuenta al traductor de ciertas alteraciones anti-históricas y de su demasiada fidelidad en seguir el original otras veces. Ciertos es que lances de cierto género y no muy justificados son concesiones que puede hacer el público á un poeta cuando reconoce la necesidad de crear situaciones propias para la música. Ciertos tambien que cesando esta necesidad cesa necesariamente toda concesion; y que por esto muchas de las óperas cómicas que tanto agradan en Francia son imposibles de traducir; pero repetimos que no queremos insistir en esto ni ser mas severos de lo que lo fue el público madrileño. Este halló de buena ley la conspiracion del médico Fernandez, las repetidas sandeces del capitán Demetrio, los amores de la emperatriz Isabel, la poca avisada policia del conde de... no recordamos el título en *inski*, los furores del esclavo azotado, y los juramentos quebrantados de la esclava enamorada. Acaso no recibió tan bien los suspiros amorosos de la esposa del conde, de la policia, ni los brindis á la libertad y á la igualdad en Rusia hace dos siglos; pero el conjunto le agradó, y celebró la comedia con atencion, risas y aplausos perdonando inverosimilitudes, no reparando en faltas históricas y salvando anacronismos políticos: porque es de saber que el público madrileño, como todos los públicos pasados, presentes y futuros, nacionales y extranjeros, es bondadoso é indulgente cuando se entretienen y cautivan. Interesante y entretenida en alto grado es la comedia *intriga y*

amor; por lo que en resumidas cuentas hizo muy bien el público en aplaudirla y celebrarla como la aplaudimos y celebramos nosotros que tenemos nuestros que-dos de criticos; y el éxito pecuniario hubiera sin duda correspondido al de aplausos con gran satisfaccion de la empresa si la calorosa estacion no evaporase hasta los instintos dramáticos en la abrasada poblacion de la corte, mas ansiosa de baños y de aire fresco que de encerrarse en una sala por tres ó cuatro horas.

Pero cometeriamos solemne injusticia, sino atribuyésemos una gran parte del buen éxito á la esmerada ejecucion de los actores y á la cuidadosa é inteligente direccion de Romea mayor. Asi este en el desempeño del médico protagonista que caracterizó con verdad, soltura y arranques dramáticos, como Matilde en el de la princesa Isabel que representó diestramente con todas las veleidades de una muger frívola y casquivana aunque bondadosa, como Romea menor en el del cándido y atolondrado Demetrio que presentó con naturalidad y desembarazo, merecieron completamente los aplausos que les prodigó el público, no menos que á la Teodora Lamadrid que estuvo tan acertada y oportuna como siempre. Ninguno de los demas actores dejó de contribuir relativamente; y hallamos que la empresa en la representacion de *intriga y amor* solo tiene motivo para quejarse del calor.

Una novedad teatral tuvimos la semana pasada en el Liceo donde se estrenó una piececita en un acto imitada del frances con el título de *A un cobarde otro mayor* y que es la misma que con el de *Los dos cobardes ó el desafio singular* repartimos á nuestros suscritores. Delicada era esta produccion para presentarla en escena porque en ella se ponía en cierto modo en ridículo á una institucion por tantos títulos respetable como lo es la Milicia Nacional: no se le ocultó este escollo al traductor de *Los dos cobardes* y he aqui la causa de no haber dado su comedia al teatro, pero el señor S. ha sido menos es-

crupuloso, y arreglando, cortando, zurciendo y españolizando ha compuesto una especie de *pot pourri* que tan pronto huele que apesta á frances como suspende agradablemente con algun oportuno chiste, y no decimos que apeste á frances porque esté mal traducida, no, sino porque ninguno de los caracteres que en ella se presentan son, ni piensan ser españoles: en todos ellos no se encuentra mas que esas exageradas pinceladas del *Vaudeville* frances, donde para introducir un diálogo festivo y que abunde en chistes no titubean en sacrificar la verosimilitud dramática. Mucho extrañamos que al señor S se le hayan ocultado los inconvenientes que trae consigo la representacion de *A un cobarde otro mayor* y que ha apuntado ya otro periódico de esta capital, pero desentendiéndonos nosotros de la parte política de la obra, no podemos menos de hacer un grave cargo al señor S. por algunas gracias un tanto cuanto licenciosas que notamos y que si bien acogidas con risas por el público del Liceo no pudieron luego menos de ser agriamente vituperadas. En el magnífico salon de Villahermosa donde concurren todas las hermosas de la corte, suenan mal esos equivoquillos obscenos y de pésimo gusto, propios tan solo para un café ó para amenizar un cuento referido entre amigos en una noche de invierno.

CIRCO OLIMPICO.

Los numerosos concurrentes que asistieron á la funcion dada en este local en la noche del domingo último debieron quedar complacidos sin duda alguna por lo selecta que fue aquella. Comenzó por los ejercicios del joven Juan, cuyos adelantos son palpables: siguió luego la señorita Horny, á quien pasaremos en claro para hablar de Joanet, que fue el que mas se distinguió en la primera parte de la funcion por las difíciles posturas que ejecutó á caballo, como tambien por los formidables saltos que dió, haciendo al propio tiempo el juego de los aros. En los juegos del Malabar se lució completamente el señor Blanco haciendo suertes, que aun á pie firme son difíciles. Terminó esta parte con el baile chinesco ejecutado por el señor Ratel, y varios individuos de la compañía: este baile agradó sobremedera, y es que á decir verdad no es el local muy á propósito para que luzca todo lo que debe, puesto que es muy reducido el número de los espectadores, que lo ven de frente.

El señor Victor hizo la escena del contrabandista, no con toda impropiedad; pero tenia en su contra una desventaja, cual es la de estar muy recientes, en la memoria de todos los recuerdos que ha dejado la niña Emilia Paul, que tan aplaudida ha sido cuantas veces se ha presentado á ejecutar la escena del majo andaluz.

La lucha de los gladiadores romanos por los señores Ratel y Amand no necesita encarecimiento, como tampoco los demás ejercicios de esta clase hechos por los mismos, baste decir que no sabemos cual admirar mas si la fuerza, la agilidad, ó la mucha escuela, que en semejantes espectáculos es, por decirlo así el alma de la agilidad y la fuerza. El niño Ratel parodió á las mil maravillas las actitudes académicas: chasqueó chistosamente al público; que le creyó agoviado con la carga de dos enormes pesas, cuando al soltarlas conoció que no habia tal cosa; luego se tendió horizontalmente en la columna sosteniendo sobre su cuerpo á una criatura, que seguramente pesaria doble que el; si así empieza el niño no es facil prever por donde concluirá. Por término de fiesta vimos la gran carrera griega, ejecutada por el señor Isidoro sobre dos caballos en pelo, ya tenemos dicho que este joven es uno de los gimnastas mas aventajados, y si ya no tuviera merecida esta reputacion, bastaria á conquistársela la maestria con que trabajó en el último domingo á pesar de hallarse bastante indispuerto.

CUADRO ORIGINAL.

El poeta pretendiente.

Una de las frescas mañanas del Estio y despues de la calorosa noche en que me ví abrumado por el mal trato de infernales insectos que chupándome la sangre me debilitaron la fibra é irritaron la bilis, me resolví á colocarme entre la corriente de los vientos de dos encontradas ventanas; y escribir un artículo en que diese cuenta á mis lectores del origen y progresos de aquella animalesca y diabólica turba, con varios proyectos concebidos en los instantes de mi tormento para esterminar al chinchoso y mosquitero bando; pero la desazon que aun duraba en mí, y la pura necesidad de satisfacer con mis manos al exigente picor de rollizos abones, impedía á mi imaginacion el desarrollo con que hubiera sin duda, hecho un servicio á la humanidad, descansando en las consecuencias de la venganza, como

deseo que tanto alhaga á todos los seres.

Tales eran las reflexiones que me ocupaban, mientras mi pluma descansaba detras de la oreja y mi mano recibia entre los dedos índice y pulgar la barba á guisa de hombre pensativo. Iba ya á concluir esta escena con renegar de mi poco talento y ponerme á escribir una carta para mi tío el Dean ó mi padrino el Abad, cuando de repente me siento asir fuertemente con unas grandes manos por delante de los ojos, siguiéndose á mi sorpresa el profundo silencio, pues aunque procuraba evadirme de aquella prision, se resistia poderosamente mi opresor queriendo que antes de verle le conociese por el olfato como los perros. Pero, por fin, pude hallarme libre y aunque con trabajo por el mal estado en que quedó mi vista, reconocí á mi amigo el Bachiller y poeta Pantoja, hombre de trastornado cerebro aunque le tuvo de sublime mérito, y el cual entraba en mi casa con franqueza, y partía conmigo el peso de sus trabajos, que no eran cortos á fé; porque sin embargo que se habia embaulado desde la cruz á la fecha á Horacio, Terencio, Virgilio, Ovidio, Séneca y Ciceron, y practicado en las universidades mas cursos que un cavador en tiempo de vendimia, jamas consiguió el título de Licenciado, ni la consideracion de profundo y agraciado vate; pues carecia frecuentemente su bolsillo del alma tan necesaria á todo cuerpo, circunstancia que le hacia declamar con ardor contra la mania de Aristóteles que juzgaba que en el mundo no se daba cosa vacía.

Amigo, me dijo, (arrastrando una silla y sentándose á mi lado) tal vez mi temprana visita molestará á V.; pero segun uno de nuestros refranes que forman el código de las mejores leyes «para los amigos no hay horas vedadas» y aunque se encuentren en cama, en camisa, y gregüescos ó en necesidades mayores ó menores, deben recibir al que tiene la dignacion de visitarlos sinó quieren pasar la plaza de groseros. Hícele servir el chocolate, que aceptó de buena gana; y mezclando sus chistes entre las sabrosas rebanadas de una fresca y reluciente rosca y los sorbos del pocillo, me refirió la idea que traía de comunicarme un asunto que él juzgaba de suma consideracion, y en tanto terminó el precioso jarave de la jicara, si es que con fundamento merece este nombre una onza de chocolate procedente de una media tarea con que un reverendo ex-Dominico me obsequia amenudo, en conmemoracion de unos favores que mereció de una lejana parienta de mi abuela materna, de quien dice que yo soy su vivo retrato, cosa á mi parecer di-

ficultosa pero no imposible, atendiendo á los altos é incomprensibles misterios del cielo con que mi buen religioso desvanece mi necia incredulidad.

Concluido, pues, el desayuno sacó el Bachiller de su bolsillo una tremenda cartera, y confieso que al verla tan provista temí la esplicacion que debia seguirse á cada uno de los documentos que encerraba, y no sé si algun involuntario movimiento indicó mi desazon, que el amigo Pantoja me dijo, «yo aseguro á V. que no seré tan cansado como acaso imagine, aunque forzado de penetrarle del contenido de estos papeles porque quiero despues con el auxilio de V. que conoce á fondo las intrigas de la corte, formar un memorial pues voy á pretender un empleo.— ¡Un empleo! exclamé yo inmediatamente ¿qué ha dicho V., amigo mio? —Un empleo, si señor, un empleo, que estoy cansado de romper sotanas y manteos por esas Universidades sin fruto alguno, y de escribir odas, églogas é idilios; porque despues del grado de Bachiller que merecí gratuito de mis preceptores, no he podido alcanzar ningun otro, pues carezco de ausilio, de proteccion, de fuerzas físicas y morales, de consuelo, de alegría, del vital aliento; y en fin, por decirlo de una vez, del dinero, sin cuyo suave jabon no pasa por mi á su tiempo la rueda de la felicidad. Yo, amigo y señor Fision, aspirando á verificar una honrosa amalgama entre la gloria literaria, que conduce al templo de la inmortalidad, y el honesto producto de mi trabajo, escribi un drama; y despues de visto, revisado, enmendado, adicionado y copiado, le presenté en el teatro para su ejecucion; pero no está la suerte para quien la busca, ni menos dispuesta al alhago del que como yo desconoce el lenguaje *altisonante-ritmico-filosófico* de nuestros almidonados eruditos.

Visto ademas de mi visita por la de otros que en el vieron lo que yo no vi, se desechó sin tener en cuenta la *originalidad del argumento, lo bien sostenido de los caracteres, lo animado del dialogo, la fluidez de la versificacion, lo maravilloso de los conceptos, las situaciones cómicas, verdaderamente sorprendentes, el mágico descenso y otras manoseadas frases* con que exorné la portada, y con perdon de las cuales suele el público á la veces dispararse en chicheos y silbidos. Por cierto que mi composicion no abundaba de pomposas y hinchadas palabras ni del repetido, *magüer, por ende, asaz, cuita y tristura*, así como carecia de fantasmas, caretas, sábanas, dominós, venenos, adulterios, conspiraciones, parricidios, pros-

tituciones, y otros puntos de moral; pero esto es efecto del irresistible deseo que tengo de burlarme á mi sabor de los que quieren pulsar con el puñal de la desapiada Melpómene, las cuerdas de la armoniosa lira de la festiva Talia, ó requebrar con el mismo tono á la risueña Erato que á la seria Urania. En fin, amigo, nada me afligió la censura de los sátuos calificadores, porque el público se burla de sus criterios y condena sus obras como la mía, al cajón de un especiero, y esto siempre que la misericordia divina las preserve de un partidario del sistema de Brown ó de Leroy, lo que en verdad y sin adulación siento únicamente por la parte que me va en ello.»

Otra semejante narración tuvo lugar por lo que respecta al mal éxito de los memoriales presentados hasta allí en solicitud de empleos, y concluyó mi buen Bachiller indicándome la necesidad de que en su favor interpusiese mi valimiento para otra nueva pretensión á un destín del Estado, único medio con que podía repeler la miseria que le amagaba.

Formamos, pues, nuestro memorial lo mejor que pudimos, sin olvidar el *acon el debido respeto espone: en esta atencion suplica: la sabia penetracion de V. el cielo conserve la vida* y otras cositas de buen gusto con que se encuentra enriquecido el famoso formulario del pretendiente, y despues de leerle, corregirle y copiarle, marchamos en direccion del templo de la justicia, vulgo los ministerios.

Llegábamos ya muy cerca de ellos, cuando el buen Pantoja tirándome del fondillo de mi casaca me detuvo para hacerme notar, como si nunca lo hubiese visto, un gentil hombre que nadando en dos perneras de ancho calzon de blanco casimir, encerraba sus mimbrosas pantorrillas en unas elásticas medias de seda, luciendo su pulcra persona el uniforme de gran gala como dia propio de ella.

Aun no habia desaparecido de mi oido la funesta y triste armonia que hicieron al saltar las puntadas de mi casaca descosidas con el tiron del admirado Barhillier, cuando descargándome una atroz palmadita sobre el hombro me anunció la llegada á nuestro destino, sacándome al propio tiempo de la distraccion en que me hallaba.—Gracias á Dios, amigo mio, me dijo, que ya piso los umbrales de esta casa célebre por los recuerdos históricos, y donde hoy espero encontrar el premio de mi mérito, ya que las letras me ofrecen tan arido campo.

Subimos ensanchando los proyectos, repasando el memorial y coordinando el

Bachiller la arenga que el creia indispensable, y al entrar en la porteria advertí que por fortuna daba ya audiencia el ministro, cosa que celebré en el alma por librarme de las interpelaciones, sequedad y aspereza de los porteros. Un momento despues fuimos presentados á S. E. y aquí fué donde yo empecé á padecer, pues conocí que en aquel mismo acto habia subido de grado la locura de mi amigo retratada en su erizado cabello, sardónica sonrisa y ojos centellantes, y temeroso de que prorumpiese en algun desatino, me coloqué á su espalda para poder á mansalva persuadir con señas al ministro de su falta de juicio. El Bachiller sacó su pañuelo, se sonó, y arreglando su cabellera, empezó de este modo su arenga.

«En tiempos menos felices hubiera sido calificado de atrevido el solo pensamiento de dirigir un profano su torcida expresion á la alta dignidad de un ministro.»

Y aquí con un soberano tiron en los faldones de su levita, logré vengarme empezando á descoserlos; mas el buen loco se hallaba tan inflamado que continuó.—«Pero hoy que luce la aurora de nuestra felicidad, podré sentar las frescas ó calientes razones que me obligan á ofrecerme de V. E. con puro y sencillo reconocimiento.— Por allá veia un vasto y florido campo de delicias..... y por acá un desfiladero por donde marchaba desfavorida la intriga y el egoismo, si bien tenian que pasar por una senda tan estrecha que no permitiendo en ella mas que un individuo á la vez, retardaba la operacion que segun mi cálculo no habia terminado al subir V. E. al poder. Y así, tomando el grano y dejando la paja, pues aseguran doctores que de este modo se establecen los principios de muchos de los que se llaman sabios, empezaré á.....

A nada, nada, no hay para qué amigo mio, le contestó muy afectuoso el buen ministro: serénese V y confie en la rectitud del que elige por su juez: y con esto nos alejamos, con sentimiento del Bachiller, por no haber podido embutir su discurso; pero contento á la par con las consoladoras palabras de S. E.— Esto quiere decir mucho, se repetia, máxime en un ministro, no obligado á contestar sino con el consabido bien.... bien....—Soy, ó seré feliz.

Nos despedimos á breve rato, y pasaron algunos dias hasta que me remitió una esquila diciendo, que mediante los poderosos influjos del cazador de cierto Duque y el ama de cria del ministro, se prometia conseguir su intento. Volvieron á transcurrir algunos mas y creyendo hallarle de enhorabuena, determiné pa-

sar á visitarle al guardillon que le albergaba. Iba ya subiendo la escalera cuando unos golpes me detuvieron en el rincón del penúltimo descansillo y aguzando la vista por entre la oscuridad que allí reinaba, advertí una manta conducida por cuatro hombres y en ella un cadáver, cuya cabeza dando encontronos en la escalera, ocasionaba el ruido que primero advertí. Encomendéle á Dios con fervor porque conocí la escasez de sufragios siendo pobre de solemnidad, y trepé el último tramo hasta llegar al cuarto del poeta, donde supe que mi pobre Bachiller era el muerto que bajaban para conducirlo en la camilla.

Quedé sorprendido en extremo, y retirándome enternecido, hallé en la escalera á un portero del ministerio con un oficio. Preguntóme por el señor Pantoja y le referí lo ocurrido, lo cual le desagradó naturalmente por que perdía la propina que debió ser consigniente á la enhorabuena con que le hubiera felicitado para el empleo que iba á anunciarle.

Salimos entrambos admirados; y confieso que aunque no me persuadí por completo, empecé por lo menos á sospechar que no es del todo una quimera, *la fuerza del sino*.

El Fisgon.

LOS MUNDOS.

Nunca despierto

si es verdad que ahora duermo;

y nunca duerma en mi vida,

si es verdad que estoy despierto.

CALDERON. (*El médico de su honra*).

¡Que pesadilla! Yo tenía un mundo en mi cabeza; un mundo entero, con sus vecinos, sus repúblicas y sus estados; y estos con sus cortes, sus ciudades, sus villas, sus aldeas y sus ante-iglesias: un mundo, donde se confundían en teoría los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, nobles y los plebeyos: un mundo de justicia, de verdad, que no merecía el epíteto de valle de lágrimas, sinónimo de infierno, con que tan sabiamente se ha calificado á este que habitamos, y que yo tocaba con las puntas de mis pies.

Si algun curioso me pregunta en qué espacio rodeaba aquel mundo, ciertamente no se lo podré decir, por mas que yo crea que el espacio es uno é infinito, y por consiguiente bien pueden errar por él de dos mundos distintos sin tropezarse. Mas como esto tambien puede no ser verdad, á pesar de autores respec-

bles, que por cierto no se han elevado á altura conveniente para fiarse en sus anteojos, la mejor respuesta será decir que rodaba en mi cabeza. Ni se figuren vds. tampoco que el tal mundo era la Luna, el mas célebre de los mundos conocidos: era un mundo, del que nadie tenía noticia fija, y del cual sin embargo todos hablan, como si lo hubieran visto. Es pues muy obvio, que si ostentaba las raras cualidades que le he apropiado al principio de estas líneas debía ser *muy bello*. Con efecto el superlativo le cuadraba en primera línea; á no ser que por la confianza, verdad y justicia que en el reinaban, aparte de algunos pequeños sinsabores (era mundo, y basta) le apliquemos el distintivo de *romántico*, ya que este se ha aplicado á todo y por todo.

Decir que en aquel mundo había vivientes sería necedad despues de haber hablado de ricos y pobres, de grandes y pequeños.... Para acabar de una vez, era un mundo ni mas ni menos, como este en que erramos; solo que todas las cosas sucedían en él al revés de las nuestras, dado caso que las nuestras sucedan al derecho.

Ya queda escrito que el mundo transitorio, en el cual tenemos la inapreciable fortuna de ser peregrinos, verdad que nos estimula poco á aligerar el paso para llegar al término apetecido, al mismo tiempo que hacemos lo posible por alcanzarlo, estaba debajo de mis pies, pues con ellos lo tocaba; viniendo á ser mi cuerpo, merced á la estraña posición en que se hallaba entre los dos mundos, un ferro-carril, por el cual se comunicaban rápidamente del uno al otro las ideas y los hombres.

El mundo de mi cabeza, esto es, el verdadero ó de verdad, no recibía gran copia de mercancías del de abajo. Por que ¿qué podía enviarla un mundo falso, *mal dicho*, en que cada viagero entraba por la noche, tomaba un cuarto, lo pagaba caro si tenía con qué, y sinó mas caro todavía, y se marchaba á la mañana siguiente? ¿Qué debía esperar de unos hombres nacidos únicamente para morir, que no tenían tiempo para pensar por si mismos, y que si casualmente pensaban alguna vez era en sus trabajos, miseria y dolores? Pero en cambio, los dichosísimos moradores del mundo superior hacían remesas considerables en todos géneros á los infelices peregrinos, quienes al contemplar tantas preciosidades, se quedaban con una cuarta de boca abierta, como sordo que mira la cara de un buen orador cuando predica. Y cuidado,

que los caritativos señores no regalaron lo peor, pues desde aquella fecha todo fue virtud, verdad, pureza y amor sobre la tierra. Sabíamos que había *ángeles de luz*, y *querubines* y otras categorías espirituales muy santas y afortunadas; mas nunca pasó á nadie por la imaginación, que entre nosotros *miserables gusanillos*, alentasen criaturas predilectas, á las cuales fuese concedido merecer tan celestiales graduaciones. Y fueron tantas y tales las remesas de ideas y de palabras que el mundo de mi cabeza hizo al mundo de mis pies, que éste tuvo por conveniente en transformarse de posada y valle de lágrimas, en magnífico palacio y teatro de placeres.

De esta mudanza inesperada y bien acogida (no hay porque esperar los motivos) de la miseria á la opulencia, nació como consecuencia precisa entre los dos mundos la rivalidad: especie de monstruo tan apegado al hombre como la muerte. Y sucedía entonces, que en medio del camino (mi cuerpo) se encontraba un coche de vapor del mundo alto que bajaba con otro del mundo bajo que subía; y como ambos corrían velozmente impulsados por humo, se chocaban, rompían y aniquilaban al primer golpe. De allí á poco rato yacían por el suelo en confusión hombres y cosas, aquellos eridos y estas lastimadas; hasta que nuevos hombres acudían á poner desorden en aquel orden, porque nada mas natural y bien ordenado, que el que se encuentren dos coches que caminan encontrados.

Los nuevos hombres, ladrones, si tal nombre merece el que roba lo que necesita, llevábanse las cosas, y dejaban á los hombres salir del paso como pudiesen. Y acontecía con la confusión lo que en un baile de *candil* cuando se apagan las luces, que cada uno toma por suyo el primer sombrero que encuentra. Así allí, un traductor de la lengua se apoderaba de las ideas de un autor célebre, y huía con ellas tal vez al mismo punto de donde habían salido; los manuscritos de un poeta que no tenía reputación, pero que esperaba tenerla, según las profecías de sus amigos, yacían inéditas á merced del viento; hasta que condolido un impresor las recogía, adicionaba, comentaba y arreglaba al gusto del día: el propietario, que por otra parte saliera descalabrado del tropiezo de los loco-motores, se quedaba también á buenas noches en esto de utilidades. Mas ¿de qué podía quejarse? Veía su nombre impreso á los pocos días con góticas letras de molde, y esto le animaba para volver á quemarse las cejas escribiendo, pues reflexionaba así. «Es-

te es un percance de la carrera... ¿Cómo ha de ser?... No siempre me ha de perseguir el *sino*, porque no siempre tiene uno que viajar con manuscritos; ni siempre tropiezan los coches; ni siempre hay á mano facciosos literarios que lo dejen á uno en cueros; ni... en fin, reflexionaba: era el mejor medio de quedar apaleado y contento.

Andando así los hombres, las cosas y los tiempos, vino á parar todo en que el mundo de los pies se levantó con el santo y la limosna; es decir se convirtió en reflejo del mundo de la cabeza y este se quedó á oscuras. Dice un refrán: haz bien y no sepas á quien. Consiguientes á este principio, nada perdieron ambos mundos con el cambio de fortuna. El de arriba ganó... la fama que adquiere un primer descubridor: y el de abajo, introduciendo modas desconocidas hasta entonces, no podía menos que prosperar también. En efecto, la multitud admitió las innovaciones sin entenderlas, y se echó á rodar en pos de una nueva filosofía. ¿Qué digo! La filosofía, ó al menos la palabra, entró en todo; la inspiración misteriosa ocupó el lugar de la sencillez clásica; los monumentos y ruinas, el espacio de los arroyuelos; *Maria* y el *Gólgota* las adoraciones y sarcasmos que en otro tiempo se dirigieron á *Júpiter* y al *Olimpo*. La lira de *Apolo* quedó sin cuerdas; en cambio templaron las suyas el arpa de *David* y el laúd del *Trovador provenzal*; el poeta no celebró á *Filís*, requirió la lanza, embrazó la rodela, y resucitó de entre el polvo las carcomidas crónicas. *Zoraida* y *Edipo* caducaron; las *Sanchas*, *Elviras*, *Leonores* y *Blancas* rejuvenecieron. El mundo positivo desapareció; empero brilló el ideal, mucho mas bello, mucho mas noble, mucho mas encantador.

Yo era feliz, contemplando no solo la hermosura de los celestes dones que el mundo de mis pies heredara del mundo de mi cabeza, sino los peregrinos reales, con que los sublimes talentos del primero habían revestido el nuevo legado. Mi pensamiento erraba con delicia entre tantas maravillas: y la idea de que yo, hombre sepultado hacia veinte y nueve años en la nulidad, debía llenar para con mis semejantes una *mision*... ignorada todavía, pero sin duda mas importante que la de comer y dormir, ó sea vivir y morir, colmaba mi ventura.

¡Qué placeres desde aquella mutación! Y para estos placeres ¡cuántos estímulos! Aquí un nombre hasta entonces oscuro arrebató á la gloria en un solo día cien coronas, y con ellas se ceñía la frente... ¡era un *genio*! Allí mis compañeros inva-

dian las tribunas y sus ecos reinaban con admiración, cual en otro tiempo los del orador romano... ¡también *genios*! Miraba á todas partes avergonzado... ¡*Genios*! En el teatro, en el *Liceo*, en las librerías, en los periódicos... ¡Producciones del *genio* universal!... Ah! exclamé arrebatado por mi entusiasmo, he aquí mi *misión*... yo quiero ser un *genio*... me siento inspirado... venga el laud... y lo seré, que el cielo bendecirá tan árdua empresa.

El esfuerzo con que pronuncié, ó creí pronunciar estas palabras, dispó la estraña pesadilla de que había una hora eran presa mis sentidos. Desperté... llevé mis manos á la cabeza... nada! El mundo *ideal* se había evaporado... mis sienes ardían... y con los pies tocaba por desgracia el mundo *positivo*, que creía soñando no ver ya más.

El Vizcaino.

POESÍA.

A un inconstante.

Tu sigues á una hermosa,
Igual á la pintada mariposa
Que se llega á las flores
En el pensil ameno,
Y rápida se aleja
Apenas ha aspirado sus olores,
Mientras en la misma rosa
Halla siempre la aveja,
Trabajando afanosa,
Dulce miel delicada y deliciosa.

Dices son tus placeres
Amar con igualdad á las mugeres,
¿No distingue tu pecho
El fino terciopelo de la pana?
¡No!... vete una mañana,
Vete hacia el bosque umbrío,
Y verás como el árbol mas frondoso
Recoge mas rocío.
Así en el sexo hermoso
A la muger mas bella
La cercan mil y mil adoradores,
Elige uno entre tantos amadores,
Hace á un hombre feliz y es feliz ella.

Los cabellos de Filis te enamoran,
Y de Lisi los ojos
Tus ilusiones doran,
Tu pecho y corazón son los despojos
De una mirada altiva,
De una cándida frente;
A la apocada adoras igualmente
Que á la ligera y viva,
Porque tu pecho en complacer se afana,
A la honesta doncella,
Al tiempo que á la dama cortesana.

A un hombre que es constante,
(Tal vez no siendo amante)
Como en querer persista,
Como siga la huella
Con afán, de una bella,
No habrá muger que á su pasión resista,
Todas el dulce nectar de sus labios
Le entregan á porfía;
Y goza en puro amor pura ambrosia.

Tal vez en el invierno de tu vida,
Castigo á tu inconstancia fementida,
Sigas siempre á una hermosa,
Como el iman la estrella
Del norte luminosa.
Tú seras de una bella
El triste prisionero,
Como lo es del iman el fuerte acero.

¡Y ay! ella con sonrisa desdeñosa
Despreciará tus ruegos:
Dirá que son de la vejez rugosa
Libres y ajenos juegos,
Y tú á sus pies postrado
La pedirás de amor un solo instante,
Y con acento airado
Dirá qué un inconstante
Merece ser amado....
Espere solo el necio
De nuestros pechos general desprecio.

A. G. de Ochoa.

Para lo que sirve un mal torador De violín.

Sabran vds., amados lectores, como buyendo del estrepito de los coches que cruzan todo el día por la Puerta del Sol, y del terrible *Huracan* que me atronaba por las tardes los oídos, he trasladado mi vivienda á uno de los barrios mas estraviados de Madrid, donde segun me digeron reinaba tan profundo silencio, que se oía hasta el aleteo de los mosquitos. Enagelado de gozo puse el pie en mi habitación prometiéndome dar á conocer mi fecundísimo ingenio por la multitud de obras qua publicase, cosa que hasta ahora no he podido efectuar por haber vivido en la Puerta del Sol.

En efecto la calle á que me he trasladado apenas es transitada por persona alguna. Carruages no hay que pensar, tal vez no pase uno al mes, y ningún ciego llega hasta allí sin haber vendido ya cuantos papeles llevaba. Además hay un hermoso jardín, plantado de sicómoros, acacias rosas y sauces, cuya sombra espero que me suministre bellísimas inspiraciones.

Estas gratas ilusiones me formaba la

primera noche que pasé en mi nueva mansion, pero á la mañana siguiente oigo una guitarra y un piano que si bien no movian gran ruido, no dejaban de distraerme, en tonces me bajé al jardín y ¡oh dolor! las cuatro paredes que lo cercan corresponden á varias casas del barrio y en todas resuena el estrepito de un piano. Mi jardín se halla circunvalado de cuatro pianos; A donde me retiraré que pueda entregarme á mis inspiraciones! Pero en que consistirá que en la casa donde vivia anteriormente habia diez pianos y no me distraian! Como es que ahora no me dejan hacer nada! Mi amigo B. vive tambien en barrios ruidosos y no obstante compone de cuando en cuando ya un bellísimo poema, ya una linda novelita, ya un drama interesante, y para todo esto necesita silencio, silencio padre de la meditación.

Pero ya he dado en la dificultad. En las calles estrepitosas se confunden todos los sonidos en un rumor que no deja oír sonido alguno. unos ruidos confunden á otros ruidos; solo se oye un son indistinto, vago y monótono, continuo, semejante al ruido del viento que agita las florestas, ó al de las olas de la mar que se estrellan en la playa, y como ningún son llega á los oídos distintamente, ninguno ocupa la imaginación; pero, al contrario, en una calle tranquila, cada ruido escita una idea y y cada idea causa una distracción.

Pasa un narangero por la calle ruidosa, y el sonido de su voz se pierde en la confusión general, pero en una calle retirada se oye distintamente lo que grita, y se tiene que seguir la idea que emite.

Y es posible trabajar donde cada voz que se oye nos escita un recuerdo, tal vez un pesar, esperanza, ó temor!

En una calle retirada no repara todo el mundo en salir al balcón como mejor le viene. Allí se asoma una vieja con un *paramento* tan extravagante que no puede menos de escitar la atención del menos curioso y de dejarle impresiones asaz duraderas. Allí salen otras con horribles cofias de todos colores, y condenan á los vecinos á oír tararear por espacio de un mes, la cancioncita que tanto gustó en cierto tiempo, en cierta casa y en boca de cierta graciosa joven.

Pero volyamos á los pianos. No bien amanece principian sus conciertos los cuatro. Cabalmente esta es la hora en que yo trabajo mas y mejor, por consiguiente no podia hacer nada, en vista de lo cual, medité acerca del modo de remediar esta desgracia, y busqué un maestro de violin. A los pocos dias ya acompañaba á los pianos, con el chirrido de mi instru-

mento. Al principio nadie dijo nada; pero me ocurrió dar un concierto extraordinario á media noche y entonces se elevó un clamor general. Despues de muchos recados partes y proposiciones, hicimos el convenio de que yo no tocaria el violin antes de las nueve de la mañana ni antes de las nueve de la noche, y que aun en este intervalo no lo tocaria mas de dos horas, obligándose las pianistas á lo mismo.

Pero con el tiempo he adquirido ya cierta destreza y no son desagradables á mis vecinos mis conciertos, porque antes cerraban las ventanas y balcones en cuanto principiaba á tocar, y ahora parece que me oyen con cierta complacencia. Y como ya no me temen no me hacen caso. Esta mañana he oido un piano que acompañaba el canto de los pájarillos que saludan al sol. — Un vecino pretende que mis palomas le roban las suyas, y me amenaza con que las matará — Otro arroja á mi jardín los cascos de todo cuanto se rompe en su casa, y así de los demas. Por consiguiente, es necesario poner termino á semejante opresion, y puesto que yo no basto con mi violin para hacerme respetar de mis vecinos, anuncio públicamente que daré lecciones gratis á veinte discipulos por lo menos.—V.

ANUNCIO.

EL CAMPO Y LA CORTE DE DON CARLOS.

Narración histórica de los sucesos acaecidos en las provincias del Norte desde el momento en que Maroto tomó el mando del ejército carlista hasta la entrada de don Carlos en Francia, acompañada de documentos justificativos y notas aclaratorias.

Tercera edicion.

ADICIONADA

CON EL

CONVENIO DE VERGARA

y otros documentos relativos á la pacificación de las provincias vascongadas, y correspondencia entre lord Palmerston y los agentes británicos, presentados por el gobierno inglés cerca del cuartel general del Duque de la Victoria, al parlamento en el mes de marzo último, con varios datos curiosos para la historia contemporánea.

Véndese en la librería de Boix, calle de carretas, num. 8, á 12 rs. vn., y para los suscritores al *Entreacto* solo á 10 rs.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.